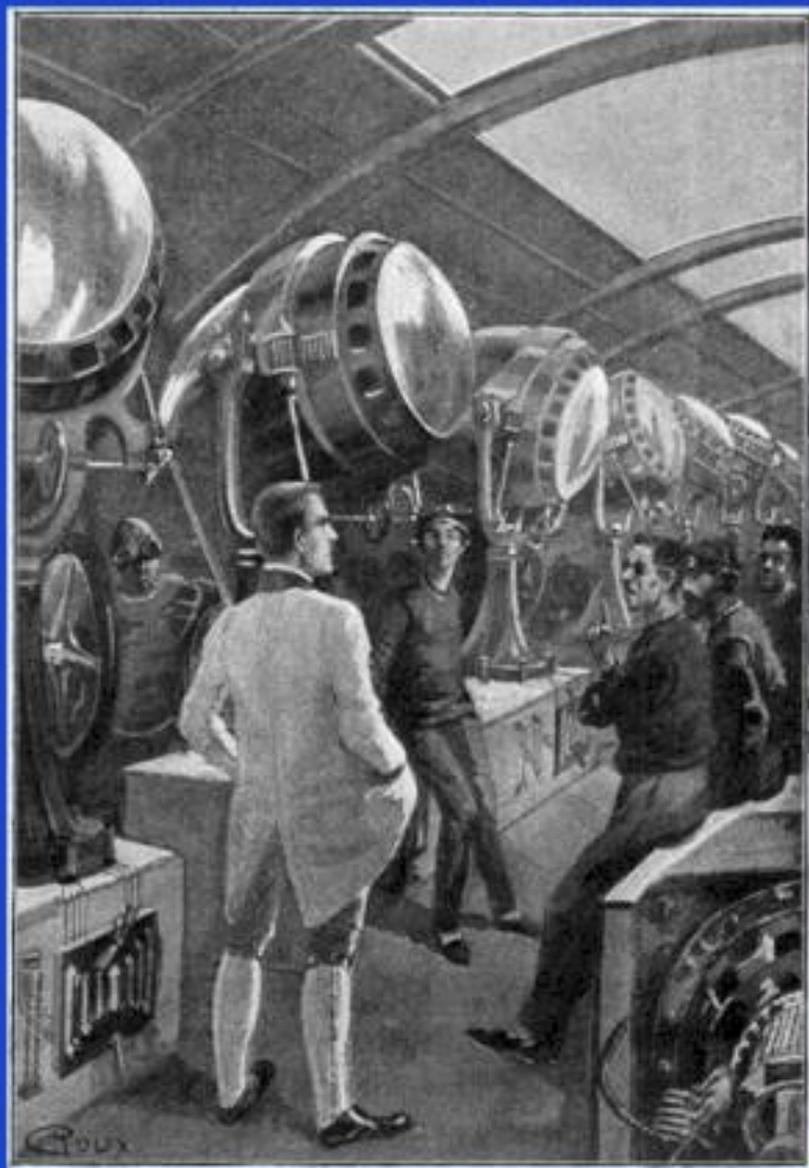


La jornada de un periodista americano en 2889

Michel Verne



«La jornada de un periodista americano en 2889» es, un relato de Michel Verne, que sirvió de base a un relato de su padre, titulado «La jornada de un periodista americano en 2890» en el que se mezclan la ciencia ficción, el humor y la ironía y una visión divertidamente futurista del papel del periodismo en el mundo del siglo XXIX, que resulta de total y plena actualidad en el siglo XXI.

Asociación literaria y cultural sin ánimo de lucro creada en el 2012
en Palma de Mallorca, España.

En colaboración con:

Sociedad Hispánica Jules Verne

Agradecemos la colaboración prestada por **Bernhard Krauth** de la Sociedad Alemana Jules Verne que ha contribuido con las imágenes originales Hetzel que se reproducen en este libro.

La jornada de un periodista americano en 2889

Jules Verne

Aunque no parece que piensen en ello, los hombres de este siglo XXIX viven en el país de las hadas. Rodeados de maravillas, permanecen indiferentes ante estos portentos; para ellos todo les resulta natural. Siendo más justos, apreciarían como se merecen los refinamientos de nuestra civilización. ¡Si la compararan con el pasado, se darían cuenta del camino recorrido! ¡Cuánto más admirables les parecerían las modernas ciudades, pobladas por más de diez millones de almas, con calles de cien metros de ancho, con casas de treinta metros de altura, a una temperatura constante en todas las estaciones, con el cielo surcado en todas direcciones por líneas de locomoción aérea! Si pudiesen imaginar el estado de cosas que una vez existió, cuando los únicos medios de transporte eran cajas traqueteantes sobre ruedas, tiradas por caballos —¡sí, caballos!—, que circulaban por calles enlodadas. Piensen en los ferrocarriles de antaño y apreciarán los tubos neumáticos por los cuales viajamos a cien millas por hora. ¿Nuestros contemporáneos no valorarían más el teléfono y el telefoto si no hubiesen olvidado el telégrafo?

¡Qué extraño! Estas sorprendentes transformaciones se fundamentan en principios perfectamente conocidos de los que nuestros antepasados hicieron caso omiso. El calor, por ejemplo, es tan antiguo como el hombre mismo; la electricidad se conoce desde hace 3000 años y el vapor, desde 1100. Es más, hace diez siglos ya se sabía que las diferencias entre las diversas fuerzas químicas y físicas dependía del modo de vibración de las partículas etéricas, que es específicamente diferente para cada una de ellas. Puesto que se había dado ese enorme paso de reconocer la afinidad de todas estas fuerzas, es realmente inconcebible que hayan pasado aún 500 años hasta que los hombres pudieran analizar y describir cada uno de los modos de vibración que las diferencian. Es extraordinario, sobre todo, que el método para reproducirlas directamente una de la otra y de reproducir una sin las otras se haya descubierto hace menos

de un siglo. Sin embargo, así sucedieron las cosas y fue solamente en 2792 que el célebre Oswald Nyer lo consiguió.

¡Este gran hombre fue un verdadero benefactor de la humanidad! ¡Su genial invención fue la madre de todas las otras! Así surgió una pléyade de innovadores cuya estrella más brillante fue nuestro gran Joseph Jackson. Es a este último a quien debemos esos maravillosos instrumentos: los nuevos acumuladores. Algunos absorben y condensan la fuerza contenida en los rayos solares, otros, la electricidad almacenada en el seno de nuestro globo, aquellos, por fin, la energía que proviene de una fuente cualquiera: vientos, cascadas, ríos, etc. También de él procede el transformador, un artilugio aún más maravilloso, que, extrayendo la energía de los acumuladores, al oprimir un botón la devuelve al espacio, bajo la forma deseada, sea de calor, de luz, de electricidad, de potencia mecánica, después de haber obtenido el trabajo requerido. El día en que estos dos instrumentos fueron inventados debería señalarse como el comienzo de la era del verdadero progreso. Ellos han puesto en manos del hombre un poder casi infinito. Sus aplicaciones son incalculables. Al atenuar los rigores del invierno por la restitución a la atmósfera del sobrante de calor almacenado durante el verano, han revolucionado la agricultura. Al suministrar la fuerza motriz de los aparatos de navegación aérea, han dado al comercio un poderoso impulso. A ellos se debe la producción incesante de electricidad sin pilas ni dínamos, de luz sin combustión ni incandescencia y de un inagotable suministro de energía mecánica para la industria.

Sí, el acumulador y el transformador han forjado todas estas maravillas. ¿Y no podemos también atribuirles, indirectamente, la última maravilla, el gran edificio «Earth Chronicle» de la avenida 253, que fue consagrado recientemente? Si el fundador del *Manhattan Chronicle*, George Washington Smith, volviera a la vida hoy, ¿qué diría al enterarse de que este palacio de oro y mármol pertenece a su remo-

to descendiente, Fritz Napoleón Smith, quien, después de 30 generaciones, es propietario del mismo periódico que fundó su ancestro?

Pues el periódico de George Washington Smith ha vivido generación tras generación, ahora saliendo de la familia, luego regresando a ella. Hace doscientos años, cuando el centro político de los Estados Unidos se trasladó de Washington a Centrópolis, el periódico siguió al gobierno y tomó el nombre de *Earth Chronicle*. Desafortunadamente, fue incapaz de mantenerse en el alto nivel de su nombre. Presionado desde todas partes por los modernos diarios rivales, estuvo en continuo peligro de sucumbir. Veinte años atrás su lista de suscripción contenía apenas unos cientos de miles de nombres y fue entonces cuando Mr. Fritz Napoleón lo compró por unas monedas y originó el periodismo telefónico.

Estamos familiarizados con el sistema de Fritz Napoleón Smith: un sistema hecho posible gracias al enorme desarrollo de la telefonía durante el último siglo. Todas las mañanas, en lugar de ser impreso, el *Earth Chronicle* es «recitado» a los suscriptores, quienes, mediante interesantes conversaciones con reporteros, políticos y científicos, se enteran de las noticias del día. Además, cada suscriptor posee un fonógrafo y a este instrumento se le deja la tarea de recoger las noticias cuando no se está de ánimo para escucharlas directamente. En cuanto a los compradores de números sueltos, a un módico precio pueden enterarse de todo lo que está en el ejemplar del día en cualquiera de los innumerables fonógrafos dispuestos casi en todas partes.

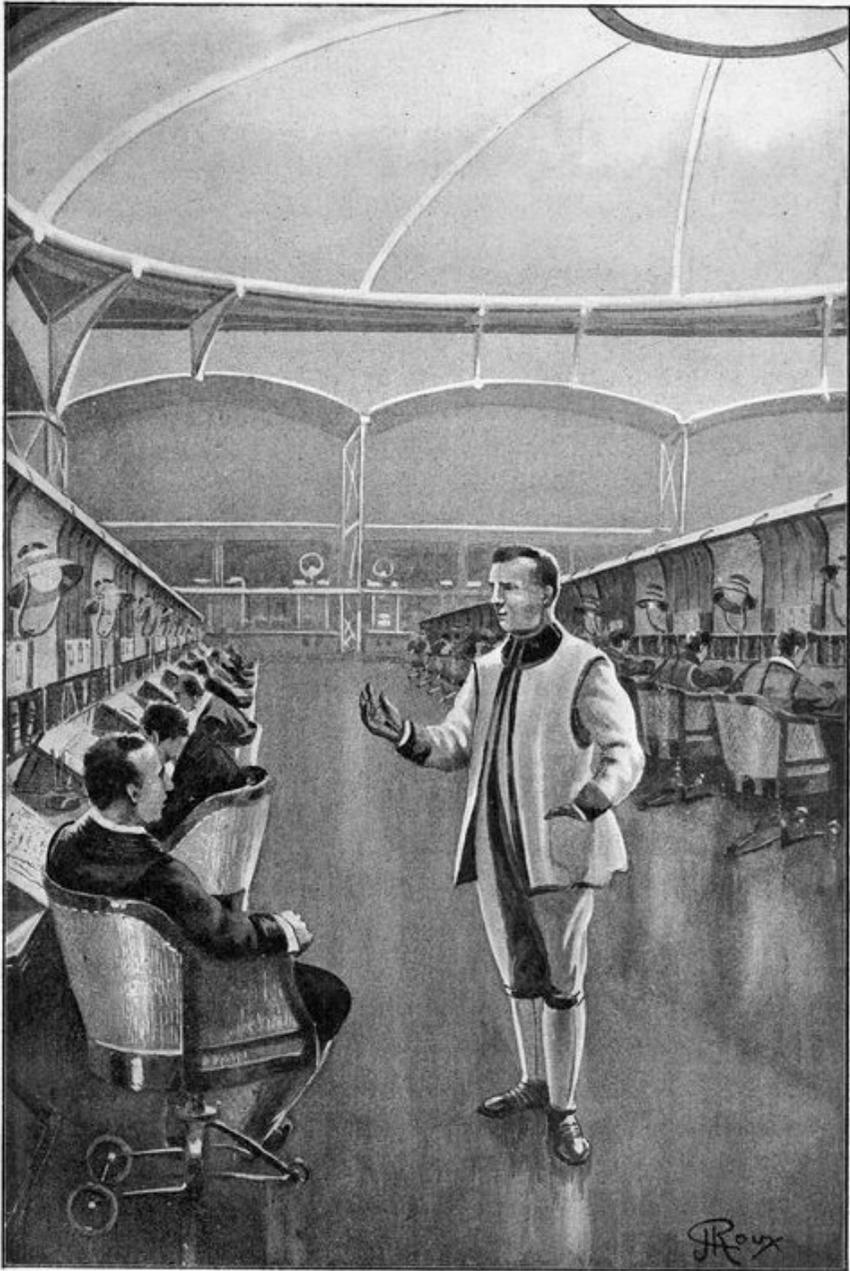
Esta innovación de Fritz Napoleón Smith revitalizó el antiguo periódico. En el curso de algunos años su clientela ascendió a ochenta y cinco millones de abonados y la fortuna del director aumentó hasta alcanzar actualmente la casi inimaginable cifra de 10 000 000 000 dólares. Este golpe de suerte le ha permitido erigir su nuevo edificio, colosal construcción de cuatro fachadas, cada una de las cuales mide

3250 pies, y sobre el cual flamea con orgullo la bandera de cien estrellas de la Unión. Gracias a ese mismo golpe de suerte, es hoy día el rey del periodismo; verdaderamente también sería el rey de América si los americanos pudieran aceptar un rey. ¿No lo creen? Bueno, entonces vean a los plenipotenciarios de todas las naciones y nuestros mismos ministros apretujándose en su puerta, mendigando sus consejos, buscando su aprobación, implorando el apoyo de su órgano todopoderoso. Agreguen a esto la cantidad de sabios y artistas que mantiene, de inventores que subvenciona.

Sí, es un rey. Y a decir verdad es una realeza fatigosa la suya. Sus labores son incesantes y, sin duda, en tiempos pasados cualquier hombre habría sucumbido bajo la abrumadora tensión que *Mr. Smith* soporta. Felizmente, los hombres de hoy son de constitución más robusta, gracias al progreso de la higiene, que, al reducir todas las antiguas fuentes de enfermedades, ha hecho elevar de treinta y siete a cincuenta y dos años el promedio de la vida humana. El descubrimiento del aire nutritivo permanece en el futuro, pero, mientras tanto, los hombres de hoy consumen alimentos compuestos y preparados científicamente y respiran una atmósfera libre de los microorganismos que antiguamente pululaban en él. De ahí que vivan más que sus antepasados y desconozcan los incontables achaques de los tiempos idos.

No obstante, el estilo de vida de Fritz Napoleón Smith puede sorprender a más de uno. Su constitución de hierro es puesta a prueba hasta el máximo por la pesada tensión a que se la somete. Sería vano el intento de estimar el monto de trabajo que experimenta; sólo un ejemplo puede dar una idea. Acompañémoslo durante una jornada mientras atiende sus numerosos asuntos. ¿Qué día? Poco importa; es lo mismo todos los días. Tomemos al azar el 25 de setiembre del presente año de 2889.

Esta mañana *Mr. Fritz Napoleón Smith* se ha despertado de muy mal humor. Hace ocho días que su esposa está en Francia. Se encuentra, pues, algo afligido. Aunque parezca increíble, en los diez años de matrimonio ésta es la primera vez que *Mrs. Edith Smith*, la modelo profesional, ha estado ausente de casa tanto tiempo. Habitualmente, dos o tres días bastan para sus frecuentes viajes a Europa. La primera preocupación de *Mr. Smith* es poner en funcionamiento su fonoteléfono, cuyos hilos comunican con su mansión de París. ¡El telefoto! He aquí otro gran logro de la ciencia moderna. La transmisión de la palabra es historia antigua; la transmisión de imágenes por medio de espejos sensibles conectados mediante cables es una cosa apenas de ayer. Valioso descubrimiento; esta mañana *Mr. Smith* pensó en su bendito inventor cuando percibió perfectamente a su mujer a pesar de la enorme distancia que los separaba.



Un poco cansada por el baile o el teatro de la víspera, Mrs. Smith está aún en la cama. Aunque en París sea casi el mediodía, todavía duerme, su cabeza oculta bajo los enca-

jes de la almohada. Pero de pronto se agita, sus labios tiemblan... ¿Acaso está soñando? ¡Sí, sueña...! Un nombre escapa de su boca: ¡su nombre! ¡Fritz! Esta dulce visión ha dado al humor de Mr. Smith un aspecto más feliz. Y ahora, ante el llamado imperativo del deber, salta con rapidez de su lecho y penetra en su vestidor mecánico.

Dos minutos después la máquina lo deposita completamente vestido en el umbral de sus oficinas. Comienza la ronda de trabajo periodístico. Primero entra en la enorme sala de novelistas, coronada por una gran cúpula transparente. En un rincón hay un teléfono por el cual cien literatos del *Earth Chronicle* narran por turno al público en entregas diarias cien novelas. Smith se dirige a uno de los escritores que espera su turno:

—Muy buena, mi querido amigo, muy buena, su última narración. La escena donde la joven campesina aborda con su enamorado unos interesantes problemas filosóficos muestra su agudo poder de observación. Jamás se han pintado mejor las costumbres campestres. ¡Continúe así, mi querido Archibald! ¡Cinco mil nuevos abonados, desde ayer, gracias a usted!

—Señor John Last —prosigue volviéndose hacia otro de sus colaboradores—, estoy menos satisfecho con su labor. ¡Su novela no es reflejo de la vida; no es auténtica! ¿Y por qué? Simplemente porque corre usted directo al final; porque usted no analiza. Sus héroes hacen esto o lo otro por este o aquel motivo, que usted asigna sin siquiera pensar en diseccionar sus condiciones mentales y morales. Nuestros sentimientos, recuerde usted, son mucho más complejos. En la vida real todo acto es resultado de cientos de pensamientos que van y vienen, y usted debe estudiarlos, uno por uno, si desea crear un personaje de carne y hueso. «Pero —dirá usted— a fin de notar estos pensamientos fugaces uno debe conocerlos y ser capaz de seguirlos en sus caprichosos recorridos». ¡Vaya!, cualquier niño puede hacer eso, como usted sabe. Simplemente sírvase del hipnotismo,

eléctrico o humano, que desdobra al hombre y libera su personalidad—testigo para que pueda ver, entender y recordar las razones que determinan la personalidad que actúa. ¡Estudie cómo vive usted día a día, mi querido John Last! Imite a su compañero a quien he felicitado hace un momento. Hágase hipnotizar... ¿Cómo? ¿Usted ya lo hace, me dice...? ¡No lo suficiente, entonces, no lo suficiente!

Mr. Smith continúa la inspección y penetra en la sala de reportajes. Sus mil quinientos reporteros, en sus respectivos puestos, situados entonces ante sendos teléfonos, les comunican a los abonados las noticias del mundo entero recibidas durante la noche. La organización de este incomparable servicio se ha descrito a menudo. Además de su teléfono, como sabe el lector, cada reportero tiene ante sí una serie de conmutadores que le permiten establecer la comunicación con cualquier línea telefónica deseada. Así los abonados no sólo oyen las noticias, sino también ven los acontecimientos. Y además no hay confusión. Los artículos de los reporteros, así como las diferentes historias y todas las otras secciones del periódico, se clasifican automáticamente de acuerdo a un ingenioso sistema y llegan al oyente en el orden adecuado. Es más, los oyentes son libres de escuchar sólo lo que les interesa. Según su gusto pueden poner atención a un redactor e ignorar a otro.

Luego *Mr. Smith* interpela a uno de los diez reporteros del departamento de astronomía, un departamento aún en la etapa embrionaria, pero que desempeñará un importante papel en el periodismo.

—¿Y bien, Cash, qué noticias ha recibido?

—Fototelegramas de Mercurio, de Venus y de Marte.

—¿Son interesantes las de Marte?

—¡Claro que sí! Hay una revolución en el Imperio Central.

—¿Y de Júpiter? —pregunta *Mr. Smith*.

—¡Aún nada! No logramos entender sus señales. Quizás las nuestras no les llegan.

—¡Eso es malo! —exclama *Mr. Smith*, que muy disgustado se dirige apresuradamente a la sala de redacción científica.

Inclinados sobre sus computadoras eléctricas, treinta científicos están absortos en cálculos transcendentales. *Mr. Smith* cae entre ellos como una bomba.

—¿Y bien, señores, qué es lo que oigo? ¿Ninguna respuesta de Júpiter? ¿Será siempre lo mismo? Vamos, *Cooley*, hace diez años que usted trabaja en este problema y aún...

—Efectivamente —responde el hombre interpelado—. Nuestra óptica todavía es deficiente e incluso con nuestros telescopios de una milla y tres cuartos...

—Ya lo oyó, *Peer* —interrumpe *Mr. Smith*, dirigiéndose a otro científico—, ¡la óptica es deficiente...! ¡La óptica es su especialidad! Pero —continúa dirigiéndose de nuevo a *William Cooley*— si Júpiter fracasa, ¿obtenemos resultados de la Luna?

—¡Tampoco, señor *Smith*!

—Esta vez no le echará la culpa a la óptica. La Luna está inconmensurablemente más cerca que Marte, con el cual, no obstante, nuestras comunicaciones están completamente establecidas. Supongo que no dirá que faltan los telescopios.

—¡No, los que faltan son los habitantes!

—Es eso —agrega *Peer*.

—¿Así que la Luna está deshabitada? —pregunta *Mr. Smith*.

—Por lo menos —contesta *Cooley*—, en la cara que nos muestra. Quién sabe si del otro lado...

—¡Ah, el otro lado! Entonces —observa *Mr. Smith*, meditativo— usted piensa que si pudiésemos...

—¿Si pudiésemos qué?

—¡Dar vuelta la Luna!

—¡Ah, qué buena idea! —exclaman los dos hombres al unísono. Y verdaderamente, tan confiados, parecen ciertos

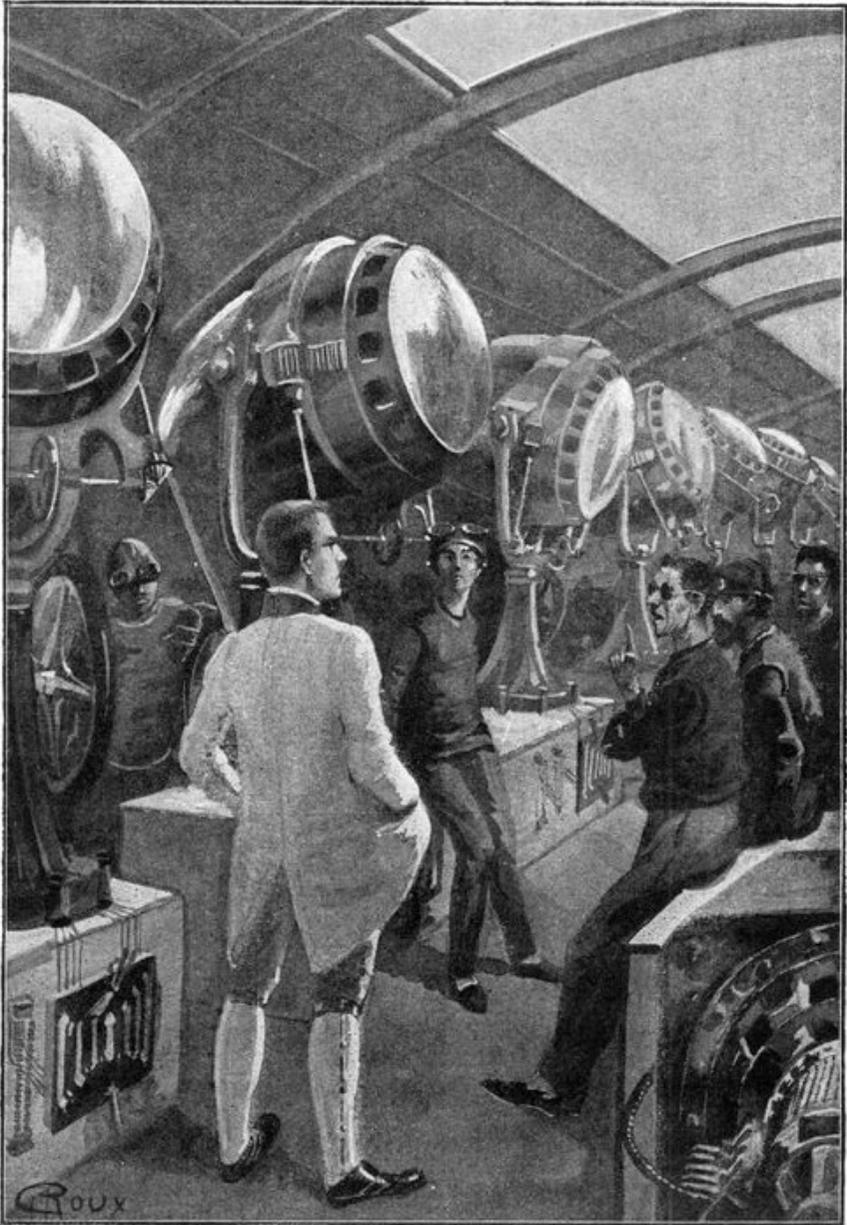
del éxito de tal empresa.

—Bien —continúa *Mr. Smith* tras una pausa—, ¿alguna otra noticia interesante?

—Ciertamente —contesta *Cooley*—. Se han determinado definitivamente los elementos de Olimpo. Este enorme planeta gravita más allá de Neptuno a una distancia media de 11 400 799 642 millas del Sol y para recorrer su extensa órbita necesita 1311 años, 294 días, 12 horas, 43 minutos y 9 segundos.

—¿Por qué no me lo comunicaron antes? —exclama *Mr. Smith*—. Informe a los reporteros de inmediato. Usted sabe con qué pasión sigue el público estas cuestiones astronómicas. Quiero que la noticia aparezca en el número de hoy.

Luego de que los dos hombres se inclinen ante él, *Mr. Smith* pasa a la sala contigua, una vasta galería de más de 3200 pies de longitud, consagrada a la publicidad atmosférica. Todos conocen esos enormes anuncios reflejados en las nubes, tan grandes que pueden ser vistos por poblaciones de ciudades e incluso de países enteros. También es ésta una idea de *Mr. Fritz Napoleón Smith* y en el edificio del *Earth Chronicle* mil proyectores se ocupan sin cesar de enviar esos descomunales anuncios a las nubes.



Cuando hoy entra *Mr. Smith* al departamento de publicidad celeste, encuentra a los operadores sentados con los brazos cruzados ante los inmóviles proyectores y pregunta por la causa de su inactividad. Por toda respuesta, el hom-